

PROCESOS DE CULTURA

Al hombre y su circunstancia cabe estudiarlo desde dos puntos de vista diferentes; ambos momentos perfectamente sincronizados y totalmente legítimos: desde el punto de vista de su cultura y de aquel que atiende a las formaciones de la convivencia, llegando a ser la base firme de cimentación para el primero, es decir, al aspecto social. Hoy queremos referirnos exclusivamente al primero: a los procesos de cultura, a las adquisiciones humanas, a la autofabricación que lo matiza de ente espiritual e histórico. Nos parece ineludible su estudio, tanto más que su acuciante realidad y vigencia hacen preciso una mejor comprensión de lo que por cultura entendemos.

En el positivismo Comtiano, cuando el fundador de la Sociología buscaba la fórmula del mundo fenoménico para explicar la realidad toda, parte de un axioma fundamental configurando su doctrina con este postulado «ver para preveer, preveer para poder». Pues bien, este lema positivista puede ayudarnos en nuestro intento, porque analógicamente considerado —y siempre fuera de la filosofía positivista— llenará de luz la mente humana tan ofuscada por la situación caótica y desesperante del mundo actual. El hombre en cada situación histórica concreta, ha tratado de dar solución a los múltiples problemas que la realidad le ha ido procurando y ha tratado de solucionarlos conociendo a fondo su situación, la estructura de esa misma realidad, sus orígenes, causas y verdadero alcance, para de esta manera no verse desarmado ante la magnitud de dificultades de esos acontecimientos his-

tóricos concretos. De la misma manera que el médico antes de la intervención quirúrgica somete al paciente a un largo proceso de experimentación, análisis, observaciones diversas; de idéntica manera que el científico estudia el proceso de formación de las realidades partiendo de sus orígenes, así el individuo humano necesita imperiosamente, si ha de salir de la situación caótica en que se encuentra conocer primero y calificar después la verdadera transcendencia de los fenómenos actuales. Una vez estudiados y conocidos, será capaz de dosificar el antídoto preciso a esa convivencia pacífica que tan ufanamente busca el hombre del siglo XX sin acabar de encontrarla y, tras ella, la posibilidad de dominación del mundo donde vive. Pero, además, téngase presente, que este mundo donde se desarrolla su vida como base y fundamento a la vida cultural, que es el primer punto de vista desde donde vamos a estudiar al hombre, es un mundo histórico. ¿Qué queremos significar con ello? Sencillamente, que todos nuestros actuales problemas, esos problemas que como medida preliminar queremos ver, tienen historia; no son situaciones surgidas ahora, en este preciso instante, sino que son un legado de los tiempos.

Nada ciertamente positivo habríamos de conseguir, si no acudimos a tiempos pasados en busca del germen a estos frutos amargos y podridos de los problemas presentes, hijos de un desconocimiento tan arraigado en el humano, ser que ya casi se halla en proceso de beatificación. Y no se crea que en un afán de exposición sumamente gratuita, queremos señalar nosotros con el señuelo de ser los primeros, estas verdades patentes de descomposición social y desconocimiento absoluto, así como lo intrincado de una posible solución. Piénsese en la gigantesca dualidad: Cultura occidental y Cultura oriental, piénsese también en la actual situación de los componentes de estos dos bandos y en la pretensión de algunas potencias, al querer lograr la coexistencia pacífica de estos dos mundos antagónicos. ¿Y cómo lograr esta coexistencia? Pues con una mayor armonía de relaciones, traducidas en un intercambio económico o coparticipación en los secretos nucleares; con una mayor actividad diplomática de guante blanco, y con un ir y venir en señal de buena y

sonora armonía. Es decir, se desconoce lo que en realidad interesa: el contenido, su estructura, lo que en realidad vale y pervive, para atenerse únicamente a la forma, lo puramente externo.

Desconocen lo que indica el término «Cultura», desconocen o aparentan desconocer su significado, y de esta manera es radicalmente imposible llegar felizmente a un resultado positivo, veraz, en definitiva, auténtico. Cultura es el alimento real de la vida, sistema de ideas actuales que le da su propio medio histórico, ideas íntimamente unidas a la naturaleza humana. Ortega y Gasset nos dice que «Cultura es el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive». Porque no hay remedio ni evasión posible; el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas que constituyen el suelo donde se apoya su existencia. Esas que llamo ideas vivas o de que se vive, son ni más ni menos el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones.

Ahora bien, si efectivamente la vida humana es un constante problema, donde el individuo ha de resolver en cada instante lo que hará en el siguiente y la determinación de este hacer siguiente viene indefectiblemente fijado por la representación íntima del mundo y de las cosas; piénsese entonces la enorme importancia que la Cultura tiene en toda la Humanidad desde el momento mismo en que es ella precisamente el sistema de ideas y representaciones del mundo, de sus cosas y de la postura del individuo ante ellas; única manera de hacer posible la vida humana. Y siendo la vida humana una constante e ineludible decisión no ha de ser decisivo ese sistema de ideas y representaciones que el hombre tiene del mundo? Pues de este modo, hemos de concluir que la Cultura como sistema de ideas y representaciones es lo que configura lo más sagrado del individuo: su propia vida. Pero es que además estas ideas no son privativas de un individuo solo, no nacen del santuario sagrado de la conciencia como un patrimonio exclusivo suyo, sino que vienen definidos por el medio histórico, por un tiempo determinado.

Las representaciones del hombre primitivo, sus ideas, eran fiel correspondencia a su tiempo concreto; su cultura

en ese preciso instante era una cultura superior, pero que puesta en relación con el sistema de ideas en la época medieval caminaba a la zaga sobre un pesado armatoste tirado por tortugas. La cultura actual es un sistema de ideas vivas correspondientes a las exigencias de nuestro tiempo, representativas de un nivel superior radicalmente actual. Es el bólido supersónico siempre en cabeza y a la par de las actuales circunstancias que deja atrás con despreciativa desconsideración a todo lo que no es ella misma. Ciertamente que existen pueblos de cultura inferior, como pueden existir hombres sin miembros sin dejar por ello de ser hombres, pero hombres imperfectos, tarados. Esos pueblos tienen una existencia real, pero una existencia que les hace tener una idea menos rica y certera del mundo; son hombres inferiores con una vida desproporcionada inferiormente al nivel de su tiempo, hombres de una existencia cómoda que no quieren abrir los ojos a la realidad porque ésta les ciega con sus exigencias y problemas. Son hombres cobardes ante la realidad, que prefieren falsificar su vida con apariencias engañosas antes que autentizarla, antes que descubrir valientemente los múltiples, complicados y difíciles problemas que el mundo presente les plantea.

Evidentemente, para lograr esa coexistencia a que antes nos referíamos es de todo punto necesario el estudio profundo del mundo de ser de esas culturas, sus sentimientos, reacciones, desarrollo, ambiente por el que deslizan su existencia, su sistema de creencias, ideas, convicciones y representaciones del mundo y de sus cosas.

Dentro de la filosofía social el término «Cultura» es uno de los conceptos más difíciles de precisar. Bacon es quien, por primera vez, lo usa para aparecer tiempo más tarde, el siglo XVIII, con un contenido concreto y específico por obra de Herder. Frente a lo natural como realidad que tiene vida en sí misma, es decir, que todo lo que ella supone se lo debe a sí misma como resultante de su mismo progreso colocamos la cultura como producción del hombre concretada en un mundo inteligente y libre. Como dice Max Ernest Mayer, «el mundo de la cultura es el reino del valor». No podemos concebir la cultura sin una estrecha relación con lo humano;

ella misma está en el individuo o en el grupo por estar en sus componentes y es ella, por lógica consecuencia, la que sufre las mutaciones propias del cuerpo social. Claro está que es el hombre quien crea la cultura por ese signo de valor que pone en las cosas, el mundo ideal o de los valores como expresión de sus ideas y creencias ya que la interpretación de la realidad queda vinculada estrechamente con el modo de concebir las cosas por los hombres. Según sea su sistema de ideas así será su modo de interpretar la realidad y en definitiva su concreción cultural. Pero he aquí que este sistema de vivencias, como contenido cultural, tiene su origen en el individuo que la crea y que a él se debe. Una vez creado este mundo de la realidad valiosa como la denominó Alfredo Poviña, adquiere una vigencia inexorable capaz de imponerse a la Sociedad misma configurando todo su ser, imponiéndole un sello distinto, haciendo del grupo un aparte característico diferenciado de todos los demás grupos que corresponde a otras características diferentes, con otro sello también diferente propio de las ideas de que se nutre la sociedad cuyas ideas no responden a aquel modo de concebir la realidad. Por eso la Cultura Occidental y la Oriental son esencialmente distintas; en virtud de ese subsuelo idealista que hace a unos ver la realidad desde puntos de vista diametralmente opuestos. Son formas diferentes de captar la verdad: mentalidad occidental, mentalidad oriental. Y ello, este modo de aprender las cosas ¿en qué consiste? Pues sencillamente, en el sistema de creencias que cada comunidad tiene con independencia de la verdad o falsedad de aquello en que se cree. Sistema de creencias que la Sociedad nos impone, costriniéndonos a un modo de ser diferente de los demás: así somos elementos de una sociedad (española) con rasgos peculiares en virtud de que esta realidad o sociedad con estructura propia tiene su concepción de la vida distinta a la que tiene la sociedad japonesa. Independientemente de la verdad o falsedad de aquello en que se cree, porque si la creencia es auténtica, nuestra vida viene configurada por ella. De este modo, si el punto de vista que algunos tienen de la libertad, pongo por caso, responde a un concepto totalmente erróneo por no tener posibilidad real en la vida, pero si de verdad creen en ella con absoluta certeza

(entendiendo por tal la adhesión constante inmutable de la mente a un juicio con exclusión de temor a equivocarse) entonces la creencia es auténtica y configura su modo de ser y obrar. Estas nociones esquemáticas nos dicen que existe una cultura de la persona y una cultura de la sociedad configuradora del individuo.

Naturalmente disentimos de la teoría sociológica de A. Weber aunque aceptemos algunos puntos de su doctrina. De lo primero porque encontramos, entre otros, que es insostenible recabar como único objeto para la ciencia de la realidad social el concepto de cultura, y ello considerado como un todo, en su conjunto. Sin embargo, nos sirve, recogemos y nos parece acertada su exposición y contenido de la Cultura ya que frente al término Civilización, aquélla no supone transmisión de una serie de conquistas que vale para siempre, sino proceso de creación propio de un pueblo, intransmisible, que en esa sociedad nace, se desarrolla y muere. Ciertamente es que estos símbolos y expresiones espirituales, pueden ser recogidos por otras sociedades, pero dicha aprehensión nada significa para la vida del pueblo que la recoge sino es un enriquecimiento de su conocimiento intelectual.

Entonces si la cultura nace y muere en determinados pueblos, no puede hablarse de un conocimiento y mucho menos de su transmisión. ¿Es esto cierto? En absoluto, porque el conocimiento supone el saber y éste consiste en la participación de un sujeto en el modo de ser del otro, sin que por ello este último sufra alteración. Acabamos de señalar que esos símbolos y expresiones espirituales son privativas de una sociedad y que no obstante puede otra cualquiera recogerla. Lo que ya no es posible para esta otra comunidad es su adaptación plena a aquella cultura por pertenencia exclusivamente de un pueblo. Pero que nosotros no podamos participar de ello, en un sentido —llamémosle práctico— no quiere decir que no podamos conocerla. Yo no puedo ser otro, pero nada impide mi participación en el modo de ser de ese otro. Del mismo modo; que la cultura de una sociedad muera con ella, significa que esa cultura permanece aprisionada en un determinado círculo social que a él conviene y no a otro, pero ello no impide su transmisión —no hablamos de adaptación—

por medio del lenguaje, a otros círculos sociales también cerrados en su mundo cultural.

La actividad humana tiene por misión, en lo fundamental, soslayar las dificultades, que a diario, la vida le presenta y esta lucha existencial naturalmente tiene que influir en su círculo cultural según expone la tesis mantenida por Summer. Ciertamente que esta actividad va encaminada a vencer las dificultades de existencia para el hombre, pero en cambio cabe objetar a su doctrina que el hombre suponiendo el estado de naturaleza a partir del cual construye todo el edificio cultural no tendría sentido hablar de diferencias con cualquier otra especie viviente ya que el origen de los remedios para sus necesidades se hallan en un mismo centro. Pero lo cierto es que ninguna otra especie —no siendo la humana naturalmente— es capaz de buscar fórmulas racionales para vencer las exigencias del medio ambiente. Podemos admirarnos de la maravillosa adaptación que algunos animales tienen para las exigencias del medio, adaptación plena, total, respuestas específicas que en ningún caso han llegado con un segundo de ventaja al problema que su existencia vital le plantea. Sólo el hombre, y nadie más que él, es capaz de prever con soluciones anticipadas el cotidiano vivir mediante una conciencia autónoma y desprendida de la naturaleza muy lejos de las respuestas dadas por los estímulos naturales. En segundo lugar, que si la cultura es un instrumento para satisfacer las necesidades de la vida, y éste es un fin según afirmara Summer, tendremos que convenir nosotros que tal misión teleológica es contraproducente y más concretamente opuesta.

Esto afirmamos, porque en reiterados casos prácticos, las soluciones de la cultura a exigencias existenciales son de imposible realización y en otros sin ninguna cultura, las bestias los resuelven sin ninguna dificultad. Este pretendido origen naturalístico de la cultura resulta —nos dice Francisco Ayala— más que cuestionable que el hombre haya de actuar primero, y sólo después piense, como Summer afirma siguiendo el clásico *primum vivere*, sólo es cierto en cuanto que nos colocamos ya, de antemano, en el terreno de la acción, de la vida. Pero ocurre que la actividad práctica del hombre —y ésta es la raíz de su peculiaridad— se encuentra informada por

su conciencia plenaria, es decir: está dirigida por su pensamiento, manifestándose siempre ambos aspectos de consuno.

En la expresión de Ortega y Gasset: Yo soy yo y mi circunstancia, el conocimiento se enfrenta con dos realidades que es preciso distinguir. El sujeto se halla en el mundo y su conciencia le reclama la explicación de qué es ese mundo y qué, el mismo ente que conoce. Naturalmente, en todo tiempo, el hombre ha tratado de satisfacer tan legítima ansia dándose respuestas más o menos conscientes cuyo conjunto constituye el arsenal mitológico, la filosofía, religión, arte, etc. Todas estas respuestas, cuyo contenido, nos es ahora conocido, es lo que entendemos por cultura, diferenciadas unas de otras en virtud de las diversas soluciones que la mente humana haya dado a la pretensión cognoscitiva de su propio ser humano. Ahora bien, al hombre no le basta con esto sencillamente, su poder creador se amplía e inclina del lado activo, tratando de intervenir en el mundo para adaptarlo a sus exigencias y lograr con ello un mejor acomodo, a cuyo fin, inventa una serie de elementos y utensilios; es decir, ha creado la técnica. En términos generales ambos momentos conforman la Cultura, pero muy impropriamente la segunda, que encajaría mejor en los procesos de civilización por todo lo que hemos dicho al caracterizarse la civilización como toda creación humana destinada a un dominio de las circunstancias, como todo producto gobernado por la conciencia en su dirección práctica. Esta que pudiéramos llamar cultura impropia es perfectamente transferible de una sociedad a otra, merced al proceso de acumulación progresiva donde van recogiendo las conquistas técnicas anteriores en un deseo y posibilidad de perfeccionamientos posteriores. Por el contrario, la propiamente denominada cultura es intranferible sin posibilidad de una acumulación progresiva que permita el paso de un círculo social a otro. Claro está, que no obstante esta diferencia sería iluso, por entero la pretensión de considerar la Cultura y la Civilización como momentos autónomos, independientes, pues, ambas ramas tienen un centro común: la conciencia que les hace mutuamente dependientes aunque varíen sus respectivas direcciones fundamentales.

Inevitablemente surge la pregunta ¿cuál de los dos es

el primero? ¿El mundo cultural, el conocimiento teórico de abstracción o más bien, el conocimiento práctico? Una respuesta pudiera ser —nos movemos en una especie de pragmatismo— aquella que sostiene la prioridad de las cuestiones de utilidad práctica sobre la intelectual ya que el hombre acuciado por las necesidades del momento se procura, en primer lugar, su satisfacción mediante la solución de los problemas prácticos. Una vez esto conseguido, y como momento posterior, es capaz el hombre de elevarse a la contemplación de generalidades y teorizar. Aún cuando esta teoría satisfaga, dentro de la concepción materialista-evolucionista, son los mismos hechos los encargados de desautorizarla. A este respecto copiamos de Ayala en su Tratado de Sociología: La naturaleza nos ofrece, en efecto, copiosos ejemplos de adaptaciones prácticas al medio, con las que, a través de lo que suele ponderarse como la «inteligencia de los animales», se dan soluciones a los problemas planteados por la necesidad vital, cuya eficacia nada tiene que envidiar a la de los procurados por la inteligencia humana; antes los supera. Y no obstante, las especies animales que han llegado a tan maravillosa adaptación carecen por completo de esa suerte de autonomía frente a la naturaleza que le permite al hombre enfrentarle a su peculiar manera, y cuya posibilidad radica en la estructura misma de su conciencia. Porque ésta se afirma frente al mundo, le es posible al sujeto trazar en el seno de su conciencia ese proyecto de su propia vida de que el utensilio testimonia, y que da lugar a toda su actividad práctica sobre ese mundo. Pero un tal proyecto, siquiera sea rudimentario, implica ya una previa idea del mundo y del puesto que en él corresponde al sujeto; es decir, una respuesta a la cuestión acerca de la esencia del universo.

Hay todavía una comprobación experimental indirecta que abona la precedencia en principio de los elementos intelectuales de la concepción del mundo respecto de la actividad técnica en el ser humano: es la que nos suministra la Psicología infantil, al informarnos de las fases por las que se llega a esta última, hasta producir utensilios con materiales. El niño está, desde el comienzo, rodeado de instrumentos, y aprende a usarlos, dado que nace y se forma dentro de una

cultura; pero, en cuanto a su propia actividad con materiales, se ha comprobado que hace en ellos objetos simbólicos o representativos mucho antes de construir cosas prácticas, lo que no realizará sino en una edad relativamente muy avanzada; de los ocho a los diez años. En su mente se ha formado una idea del mundo exterior, susceptible de expresión, con anterioridad al designio de actuar sobre él para modificarlo.

B. ZULAICA

PROFESOR A. DE D. POLITICO
UNIVERSIDAD DE OVIEDO